

LAS EXPORTACIONES MEXICANAS DE 1817 A 1911

Fernando ROSENZWEIG HERNANDEZ

A PARTIR DEL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XIX, las fluctuaciones cíclicas de la economía capitalista comenzaron a rebasar las fronteras de los grandes países industriales. El examen de las exportaciones mexicanas de 1877 a 1911, da cuenta de la forma en que esas perturbaciones se transmitieron a una economía subdesarrollada y la manera como ésta respondió a las mismas.

Ashworth subraya que en esa época (los años transcurridos de 1870 a las vísperas de la Primera Guerra Mundial) “apenas quedó en el mundo un rincón al que se le permitiera permanecer económicamente aislado, y el curso de la actividad en cualquier región tendió, en consecuencia, a volverse más dependiente de los acontecimientos y de las decisiones adoptadas en otros lugares”.¹ En los movimientos internacionales de los precios fue manifestándose una sincronización cada vez más estrecha. Esto puede observarse con toda claridad comparando el índice de precios en oro de las exportaciones mexicanas de 1877 a 1911, hecho por el Seminario de Historia Moderna de México, de El Colegio de México,² con los índices de precios de las importaciones norteamericanas e inglesas.³ Los tres índices se refieren fundamentalmente a materias primas y bienes de consumo no elaborados que los países productores primarios, como México, vendían a las grandes naciones industriales, como la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Un par de hechos da interés especial a la comparación: la posición rectora de la Gran Bretaña dentro del comercio internacional de la época, y el carácter de los Estados Unidos, como destinatario principal, en una proporción cada vez mayor, de las exportaciones de México.

Los tres índices coinciden fundamentalmente en sus osci-

laciones y en su tendencia a lo largo del período. Aparecen en ellos los mismos años de niveles mínimos: 1884, 1891, 1897, 1901 y 1907, y la misma inclinación descendente de los precios, al considerar todo el período en su conjunto. Sin embargo, no faltan los matices y las disparidades. Hasta 1891, aproximadamente, la Gran Bretaña absorbía en promedio el 30 % de las exportaciones anuales de México, y por virtud de tal circunstancia los fenómenos cíclicos de aquel país alcanzaban en éste una resonancia que se amortiguó a partir de 1891, al reducirse ese por ciento al 13 en la última década del siglo xix y al 11 en la primera del siglo xx. En cambio, la vinculación de la curva mexicana con la norteamericana se acentuó en 1891: la porción de las exportaciones anuales de México destinada a los Estados Unidos aumentó del 53 %, proporción que se observó desde el principio del período, a cosa del 75 %, que habría de sostenerse hasta el final.

Modificaciones porcentuales

<i>Fluctuaciones en los precios</i>	<i>Índice de precios en oro de las exportaciones mexicanas¹</i>	<i>Índice de precios de las importaciones norteamericanas²</i>	<i>Índice de precios de las importaciones británicas²</i>
Baja entre 1883 y 1835...	— 10 %	— 18 %	— 16 %
Alza entre 1885 y 1891...	3 %	19 %	2 %
Baja entre 1891 y 1895...	— 35 %	— 25 %	— 15 %
Alza en 1896	5 %	4 %	2 %
Baja entre 1896 y 1898...	— 14 %	— 22 %	0 %
Alza entre 1898 y 1900...	25 %	19 %	10 %
Baja entre 1900 y 1902...	9 %	— 11 %	— 3 %
Alza entre 1902 y 1907...	20 %	20 %	15 %
Baja entre 1907 y 1909...	— 16 %	— 12 %	— 2 %

¹ Fuente: indicada en la nota 2 del texto.

² Fuentes: indicadas en la nota 3 del texto.

En la tabla anexa, donde se registra la intensidad de las fluctuaciones observadas en términos de cambios porcentuales en los niveles de los precios, se ve cómo se desarrollaron estos

fenómenos. La baja de los precios de las exportaciones mexicanas, durante la crisis de 1884, fue muy inferior a la registrada en las importaciones de los Estados Unidos: el 10 % frente al 18 %. En la siguiente fase de recuperación, el índice mexicano subió casi tanto como el inglés (aquél en el 3 %; éste en el 2 %), mientras el norteamericano subió mucho más aceleradamente (en el 19 %). Los efectos de la depresión que comenzó a manifestarse en 1891 fueron profundos en los tres casos (en el 35 % para México, el 25 % para los Estados Unidos y el 15 % para la Gran Bretaña) y la breve recuperación de 1896 se reflejó en ellos de un modo casi uniforme (en el 5 %, el 4 % y el 2 %, respectivamente). Con todo, en aquellos movimientos ya se delataba una mayor sensibilidad de la serie mexicana hacia los precios que se pagaban por las exportaciones del país en el mercado de los Estados Unidos que en el de la Gran Bretaña. Después, la caída de 1897 afectó con rigor a México y a los Estados Unidos (en el 22 % y en el 14 %) y en la Gran Bretaña sólo se tradujo en condiciones de estancamiento dentro del impulso de recuperación. A partir de entonces, casi se igualaron las oscilaciones de la curva mexicana y la norteamericana (alza del 25 % y del 19 % entre 1898 y 1900; baja del 9 % y del 11 % en la crisis de 1901; aumento del 20 % en los dos casos entre 1902 y 1907 y baja del 16 % y del 12 % en la crisis de 1907). En la curva inglesa, estas alteraciones revistieron mucha menor intensidad.

Al examinar la tendencia que muestran los tres índices a lo largo del período 1877-1911, se percibe un gradual descenso de los precios. Así, el nivel medio de cada uno de ellos en los últimos catorce años del período, de 1898 a 1911, resultó perceptiblemente inferior al de los catorce iniciales, de 1877 a 1890 (en el caso de los Estados Unidos, por falta de datos anteriores, sólo de 1879 a 1890). Entre una etapa y otra quedan los años de 1891 a 1897, dominados por condiciones de depresión singularmente agudas. En el caso de los precios de las exportaciones mexicanas, aparece una baja comparativa del 26 %; para los precios de las importaciones de los Estados Unidos resulta del 17 % y para las inglesas se señala una baja del 10 %.

Antes de estudiar los factores que más directa y específicamente influyen en los precios de las exportaciones mexicanas en el mercado mundial en esos años, conviene señalar algunas circunstancias mundiales. De acuerdo con Arturo Lewis, "en la historia del siglo XIX... el factor dinámico fue el desarrollo de los países industriales; lo que ocurrió en los países productores primarios, por la vía de una producción primaria acrecentada y de un mayor comercio, constituyó una reacción frente a las perturbaciones originadas en los países industriales". Al situar el comercio de productos primarios en función de la demanda de los países industriales, Lewis hace notar el estrecho enlace (del 74 %) entre el incremento del volumen del comercio mundial y el incremento de las manufacturas mundiales entre 1876-80 y 1911-13. Considerando promedios anuales, el índice del volumen físico de la producción manufacturera mundial con base en 1913 = 100, subió de 25 en 1876-80 a 94 en 1911-13, y el comercio mundial registró en su *quantum* un incremento de 31 en 1876-80 a 97 en 1911-13.⁴

A juzgar por los cálculos de Snyder,⁵ la demanda de los países industriales hizo que la producción primaria creciera en el mundo entre 1850 y 1913 conforme a una tasa acumulativa del 3 % anual. Para que este resultado pudiera alcanzarse entraron en juego varias fuerzas. El avance técnico y la mayor escala de operaciones permitieron el aumento de la productividad. La migración, las inversiones ultramarinas y la formación de nuevos capitales favorecieron la apertura de nuevas áreas productoras y desplazamientos de producción en las zonas ya abiertas para obtener los artículos solicitados por el mercado mundial.

La tasa de desarrollo de la producción primaria se mantuvo a la zaga de la correspondiente a las manufacturas durante casi todo el siglo XIX y, en consecuencia, después de los años ochenta, la expansión de la oferta de productos primarios, sumada al enorme perfeccionamiento de los transportes, determinó que comenzaran a descender los precios de esos productos,⁶ tal como lo ponen de relieve los índices analizados. La creciente multiplicación de las regiones productoras y la concurrencia de todas ellas a los grandes centros comerciales,

como Nueva York, Londres, Liverpool, El Havre y Hamburgo, aparte del eficiente desarrollo de mecanismos como el arbitraje, determinaron que los precios se ciñeran a las mismas tendencias internacionales y que fueran borrándose las discrepancias en el nivel de las cotizaciones de país a país. Sólo en algunos países y productos, como el Brasil con el caucho y el café y México con el henequén, se pudieron sostener condiciones monopólicas, antes de que los cultivos alcanzaran mayor dispersión geográfica. Los países industriales (latente y en ocasiones manifiesta rivalidad entre ellos, consolidaba "zonas de influencia" abastecedoras de materias primas), eran palpables fenómenos de concentración del poder económico, precursores de las prácticas de manipulación unilateral de los precios de los productos primarios por los grandes compradores. El mundo caminaba hacia la primera gran guerra. Pero antes de ella, el comercio internacional funcionaba basado fundamentalmente en una multiplicidad de oferentes y demandantes de una cantidad siempre en aumento de productos de todos los tipos.

DENTRO DE ESTE MARCO GENERAL, es fácil de explicar la tendencia descendente de los precios en oro, esto es, los pagados por los compradores extranjeros, que afectó a las exportaciones mexicanas a lo largo del período en estudio. Pero es menester analizar además la manera en que tales fuerzas generales obraron en el caso concreto. De los dos componentes principales del índice de precios en oro de las exportaciones del país, uno de ellos, la plata, registró una baja persistente, desde comienzos del Porfiriato, más profunda que la padecida por el conjunto de los productos primarios; el otro componente (las mercancías) registró, en cambio, un moderado ascenso, que contrarió la tendencia mundial. ¿Cómo se explican estos hechos?

La baja de la plata se comenzó a manifestar temprano en la década de los setentas. Hasta 1873, el precio de este metal estuvo casi siempre en un nivel (de 60 peniques o bien de 1.29 dólares por onza *troy*) levemente superior a la relación de acuñación de 16 a 1 entre el metal blanco y el amarillo, "relación tan célebre en economía política como la relación $\pi =$

3.1416 en geometría".⁷ En 1873 se inició una baja que se mantuvo durante veinte años, y a partir de 1893 el precio fluctuó en torno a un nivel (de unos 28 peniques, o bien 60 centavos de dólar por onza *troy*), que correspondía a una relación de valor aproximada de 34 a 1 entre los dos metales preciosos.⁸ En esa relación se sustentaba el mecanismo regulador de la cantidad de moneda en circulación, propio del bimetalismo. Al bajar el precio de uno de los dos metales afluyó éste al mercado, mientras el otro tendía a refluir, acrecentándose su oferta para usos no monetarios. Esto alcanzó su mayor desarrollo hacia los años cuarenta y cincuenta, con Francia como centro.⁹

¿Qué echó por tierra la "célebre relación"? Las dificultades de la plata comenzaron con la adopción del patrón oro en Alemania en 1873, medida que no tardaría en generalizarse, con escasas excepciones, en el mundo occidental.¹⁰ Pero la desaparición, o el fuerte abatimiento, de la demanda de metal blanco para usos monetarios no explica por sí sola la tendencia descendente del precio de éste. La adopción del patrón oro fue un hecho consumado en los países de mayor importancia financiera prácticamente desde fines de la década de los años setenta. La baja más acentuada de la plata tuvo lugar en los años noventa en que el nivel normal de su precio, antes acorde con la relación de valor de 16 a 1 respecto del oro, tendió a establecerse conforme a la relación de 34 a 1.

Desde 1880, aproximadamente, se aceleró otra vez la producción mundial de plata. Durante los diez años siguientes, gracias a las bonanzas del Oeste norteamericano, que pronto englobaron a las minas de México, se llegó a producir plata casi por el mismo valor que oro. La producción mundial subió de unos cuarenta millones de onzas finas anuales en la década de los sesenta a 70 millones en los años setenta, a 100 millones en los ochenta y a 160 millones en los noventa. Después de 1890, al desarrollarse los ricos yacimientos auríferos de África del Sur, volvió a disminuir el monto relativo, en valor, de la producción de plata respecto a la de oro.

Jugaron un papel trascendente los grandes avances técnicos en la minería, gracias a los cuales aumentó de un modo sensible la productividad de la extracción y beneficio de la

plata respecto a la del oro, con lo cual bajaron los costos de producción de la primera. El progreso comenzó a sentirse a lo largo de los años ochenta, con el gradual desplazamiento de los métodos de beneficio de patio por los procedimientos químicos y las grandes fundiciones, y al desarrollarse la explotación de asociaciones metálicas naturales, como el cobre argentífero. Schumpeter afirma que "el bimetalismo sólo puede funcionar dentro de límites que probablemente, si bien no puede asegurarse con toda certidumbre, han sido transgredidos por los desarrollos posteriores en la minería de la plata".¹¹

Al contrario de lo ocurrido con la plata, los precios en oro de las mercancías exportadas por México tendieron a subir a lo largo del período. En el índice del Seminario de Historia, la comparación de los niveles correspondientes a los primeros catorce años, de 1877 a 1890, con los que prevalecieron en los últimos catorce del período, de 1898 a 1911, indica un aumento de casi el 11 %. Este resultado, dispar de la tendencia mundial, es atribuible en buena medida al comportamiento de algunos productos individuales que representaban altas proporciones del total de mercancías exportadas por México.

El caso más sobresaliente fue el del henequén, principal mercancía de exportación, aparte de los metales preciosos, que significaba aproximadamente el 10 % del *quantum* de las exportaciones totales del país, y en algunos años más del 16 %. El monopolio de Yucatán, mantenido hasta el término de la Primera Guerra Mundial, cuando se inició la competencia con otras zonas productoras, evitó en el henequén la tendencia descendente de los precios de las materias primas a fines del siglo xix y principios del xx. El análisis de las series respectivas, muestra que el nivel medio del precio mundial del henequén en la década 1900-10 resultó superior en un 40 % al de la década 1880-90. Pese a la vigorosa demanda de esta fibra en el exterior, relacionada sobre todo con la generalización del uso de las segadoras-engavilladoras en las florecientes llanuras trigueras norteamericanas, el cultivo del henequén se mantuvo de hecho restringido a la península yucateca, y allí la técnica de producción y beneficio de la fibra prácticamente

no hizo avances, con posterioridad a la invención de los trenes de raspa *Villaseñor* y *Solis*, movidos con fuerza de vapor, ya en boga desde la década de los años setenta. En 1904, *La Semana Mercantil* señaló certeramente las sombrías perspectivas del henequén, que se cumplirían al término de la Primera Guerra Mundial, cuando se inició la producción de fibras duras en gran escala en otras regiones y se descubrieron fibras para sustituir el henequén en las segadoras. Escribió *La Semana*:

Según pensamos, el peligro para el henequén está más bien latente en el hecho de que la producción yucateca no basta a la demanda de la fibra: toda la que se levanta en la región es vendida con una estima de que dan muy buena idea los precios que alcanza; y si esta ha cimentado la riqueza y bienestar de la Península, hay que pensar también que la elevada cotización de la rama ha de despertar en el industrialismo la idea de buscar un sucedáneo que se emplee de una manera semejante y cueste menos.¹²

En el precio del café también actuaron circunstancias especiales, que lo apartaron en cierta medida de la tendencia mundial descendente que afectó a los productos primarios. México contribuía aproximadamente con un 2 % de las exportaciones mundiales de este grano, el cual representaba *grossomodo* entre el 4 % y el 6 % de su propia exportación total. De manera que la oferta mexicana del café ejercía muy poca influencia sobre el mercado exterior, pero en cambio los precios a que se vendían en él adquirían un amplio significado interno. El Brasil, principal productor del grano, en el que cifraba el resorte más dinámico de su prosperidad, comenzó a ensayar desde entonces medidas de restricción de la oferta, primero para compensar las fluctuaciones de las cosechas, y más tarde conforme a la política de las valorizaciones, encaminadas a sostener el precio en un nivel superior al resultante del libre juego del mercado. Es así explicable cómo, durante la etapa de depresión de los años noventa, los precios del café alcanzaron sus máximos niveles de todo el período 1877-1911. Al finalizar el siglo XIX, entraron en producción nuevas plantaciones formadas en todos los países cafeticultores, al calor de los buenos precios de los años pasados, pero las medidas bra-

sileñas lograron atenuar la baja de precios resultante de la mayor oferta.¹³ De suerte que el nivel medio de los precios mundiales del café en los últimos catorce años del período, de 1899 a 1911, fue prácticamente el mismo que en los once iniciales, de 1877 a 1887.

Deben señalarse también otros dos renglones significativos de las exportaciones mexicanas cuyos precios se sustrajeron a la tendencia mundial del período: el ganado y el caucho. Las remesas de reses en pie a los Estados Unidos adquirieron importancia a partir de 1895, fecha en que las autoridades norteamericanas, orilladas a eso por la escasez de carne que afectaba a su país, optaron por estimular las importaciones de ganado mexicano. Estas crecieron hasta significar entre el 4 % y el 7 % del *quantum* de las exportaciones totales de México de 1895 a 1903 y luego esta proporción fluctuó entre el 0.6 % y el 2 % hasta 1911, al parecer a causa de que las existencias en poder de los criadores de ganado mermaron por las fuertes ventas de los primeros años.¹⁴ La intensa y pujante demanda norteamericana impulsó con vigor los precios hacia arriba, de suerte que el nivel de éstos de 1897 en adelante resultó superior en un 49 % al de los diecisiete primeros años del período.

La demanda industrial del caucho en los grandes países capitalistas creció en forma muy considerable desde los últimos años del siglo XIX al descubrirse el sistema de vulcanización por medio del azufre, que permitió multiplicar los usos de esta materia prima. Brasil era entonces el principal abastecedor de hule natural y la oferta limitada frente a una demanda en expansión permitió que este país mantuviera un nivel alto en los precios. Estado de cosas que habría de corregirse después de la Primera Guerra Mundial, cuando entraran en producción las plantaciones formadas por los ingleses y los holandeses, para contrarrestar las desventajas en que se traducían el monopolio del Brasil y los altos costos de explotación de las huleras silvestres de ese país. Hasta comienzos del siglo XX el caucho había sido insignificante en el comercio exterior de México, pero después de 1902 fue creciendo hasta llegar a representar cerca del 5 % del *quantum* de la exportación total en 1911. El nivel medio de los precios pa-

gados por el caucho mexicano en el exterior de 1898 a 1911 fue más alto en un 5 % que de 1877 a 1890.

Los metales industriales no ferrosos brindan el mejor ejemplo de los productos exportados por México cuyos precios en el exterior sí se plegaron a la tendencia mundial. El precio del cobre tendió a bajar lentamente en respuesta a la apertura y el ensanchamiento de fuentes de producción en todo el mundo, así como al bajo costo resultante del progreso técnico en la minería y la metalurgia. Estos desarrollos se manifestaron al paso que crecían las comunicaciones eléctricas y la industria eléctrica, grandes usuarios de cobre. La importancia de este metal dentro de las exportaciones totales de México se señaló a partir de 1890, en que ya significaba el 4 % del *quantum* de éstas, y aumentó al 7 % a partir de 1900. El precio pagado en el exterior por el cobre mexicano de 1898 a 1911 tuvo un nivel medio inferior en el 6 % en comparación con los años de 1877 a 1890.

Otros productos de menor importancia individual, pero con fuerte peso en el *quantum* de las exportaciones de México tomados conjuntamente, también se abarataron a lo largo del período. Tal vez los mejores ejemplos sean la vainilla, sujeta a la competencia de las nuevas zonas de cultivo abiertas en las colonias europeas; las maderas tintóreas, gradualmente desplazadas por las anilinas como colorante textil, y las pieles crudas de res y de chivo, cuya producción se acrecentó al propagarse con rapidez los ganados en casi todos los países.

Vistas así las principales circunstancias que influyeron sobre los precios mundiales de los artículos exportados por México, resulta ahora necesario considerar los efectos del tipo de cambio del peso mexicano sobre el ingreso obtenido por los exportadores. Hasta 1905, en que se adoptó un patrón de cambio oro,¹⁵ la moneda del país se mantuvo vinculada a la plata, de suerte que la continua depreciación de esta última, desde los años iniciales del Porfiriato, se tradujo en una constante devaluación del peso mexicano, en medio de los altibajos de la cotización internacional del metal blanco. Entre 1877 y 1911 el promedio anual del valor del peso mexicano en Nueva York bajó de 91 ¢ a 49.8 ¢ de dólar, esto es, se redujo en

un 45 %, y el valor del dólar en pesos entre esas dos fechas subió de 1.09 a 2, esto es, en un 84 %. Entre 1877 y 1890 la baja del tipo de cambio del peso, en un 17 % (de 91 ¢ a 75 ¢ de dólar), fue mucho más moderada que en la siguiente década: entre 1890 y 1900 el fenómeno se aceleró; la baja del cambio fue del 37 % (de 75 ¢ a 47 ¢ de dólar por peso). Después de padecer algunas fluctuaciones en torno a esta última cotización, incluso fuertes bajas como en 1903, en que descendió a 40 ¢, el valor del peso mexicano en dólares fue estabilizado, ya dentro del patrón oro, en cerca de 50 ¢ a partir de 1905, fecha de la reforma monetaria.

LA DEVALUACIÓN DEL PESO estimuló a los exportadores, sobre todo a lo largo de los años noventa, en que ese fenómeno alcanzó su máxima intensidad. Los efectos del beneficio cambiario, al reflejarse en los precios en moneda nacional de las exportaciones de mercancías, impartieron a éstos un vigoroso impulso ascendente. El alza se manifestó sobre todo entre 1891-92 y 1902-03, y por virtud de ella el nivel medio prevaliente en los últimos años, de 1902-03 a 1910-11, resultó superior en más del doble (un 106 %) al de los primeros del período, de 1877-78 a 1891-92. En la etapa inicial, hasta 1886, el nivel se mantuvo estable, con fluctuaciones poco significativas. Entre 1886 y 1892 hubo una elevación del 10 %. A partir de 1892 se registró un aumento casi ininterrumpido hasta 1903, que ascendió en total al 108 %. En los últimos años, de 1903 a 1911, se manifestó una baja constante, del 16 % en total.

Por virtud del fenómeno cambiario, la tendencia de los precios en pesos mexicanos de las exportaciones de mercancías resultó fuertemente ascendente durante el Porfiriato, sobre todo durante la década de los años noventa, en que incluso la depresión cíclica que padecieron los precios mundiales sólo se reflejó en una disminución de la tasa anual media de aumento de los precios en moneda nacional, del 5.6 % de 1886 a 1891, al 4.9 % hasta 1897. A partir de los últimos años del siglo XIX, en que el tipo de cambio del peso fluctuó entre 40 y 50 centavos de dólar, fue borrándose la disparidad en el

comportamiento de los precios en pesos mexicanos y los precios en oro de las exportaciones del país, y la reforma monetaria de 1905 vinculó definitivamente a unos con otros. La baja de los precios mundiales a partir de 1905, acentuada durante la crisis de 1907, arrastró también a los precios en moneda nacional.

Los efectos de la depreciación de la plata, y su estímulo al sector exportador, nutrieron uno de los debates más prolongados y representativos de la época, el cual sólo habría de apagarse con la reforma monetaria. Durante muchos años, prevaleció la idea de que "la baja de la plata no perjudicaba a *ninguno* de los intereses nacionales. . . con ese amor a la paradoja característico de la prensa militante, se llegó a suponer que. . . mientras más bajara el precio del metal más ricos y felices habríamos de ser los mexicanos".¹⁶ Pero ya hacia 1898, cuando tendía a atenuarse el efecto expansionista de las devaluaciones y se manifestaban síntomas de inflación y encarecimiento de los costos, *El Economista Mexicano* evidenció atinadas preocupaciones al comentar el aumento en el precio del henequén, la más conspicua exportación del país fuera de los metales preciosos:

Hacendados y comerciantes exportadores, como es de suponer, han batido palmas de contento; pero entre tanto las demás clases sociales se resienten del excesivo valor que los víveres y otros efectos de consumo diario han adquirido, lo cual, si a primera vista es una consecuencia inevitable de alza tan repentina en el principal artículo de exportación que tenemos, no es menos cierto por desgracia que la situación general del país es poco o nada lisonjera.¹⁷

En su exposición de motivos de la reforma monetaria, en 1905, el ministro Limantour se refirió como sigue a los efectos que había acarreado la devaluación del peso:

El alza de los cambios constituye, sin duda, un poderoso aliciente para el exportador de productos nacionales, así como para el industrial que necesita, si ha de luchar con ventaja y enseñorearse del mercado interior, que encarezca el artículo extranjero similar al que fabrica. Muy lejos está, sino embargo, de haber producido ese aliciente todo el resultado que de él se esperaba.¹⁸

Aproximadamente hasta 1899, los precios y los costos en el interior del país habían estado subvaluados respecto del exterior; los movimientos del tipo de cambio actuaban todavía entonces en favor de los exportadores. Después, el encarecimiento de las mercancías importadas, que se extendió gradualmente a los niveles de costos y precios internos, vino a sumarse a otros factores para engendrar condiciones de inflación cada vez más agudas en el país. Y los costos y los precios tendieron a sobrevaluarse en relación con el exterior, en perjuicio del sector exportador. La reforma monetaria de 1905 consolidó esas condiciones de sobrevaluación, y no puso freno a los factores inflacionistas. De suerte que aquella medida, pensada para acarrearle al país los bienes de la estabilidad monetaria, contribuyó más bien a matener un estado de cosas que al cabo de pocos años desembocaría en un profundo desequilibrio externo del sistema económico.

VEAMOS AHORA cómo se comportaron el volumen y la composición de las exportaciones durante el período estudiado. En términos de *quantum*, en pesos mexicanos de poder adquisitivo constante (el Seminario optó por los de 1900-01), la exportación total creció en 6 veces entre 1877 y 1911; de los dos elementos de ella, el más dinámico fueron las mercancías, que aumentaron en 9 veces, mientras los metales preciosos sólo lo hicieron en 4 y media veces.

VALOR DE LAS EXPORTACIONES MEXICANAS *

Años	Total		Metales preciosos		Mercancías	
	En pesos	En pesos	En pesos	En pesos	En pesos	En pesos
	de	de	de	de	de	de
	1900-01	cada año	1900-01	cada año	1900-01	cada año
1877-78	41	33	26	26	15	7
1880-81	53	41	31	30	22	11
1885-86	66	49	36	35	30	14
1890-91	82	68	44	43	38	25
1895-96	128	113	74	73	54	40
1900-01	161	161	94	94	67	67
1905-06	210	226	113	112	97	114
1910-11	287	281	146	130	141	151

* En millones de pesos.

El crecimiento del *quantum* fue casi continuo a lo largo del Porfiriato, pero la etapa de desarrollo más acelerado se registró de 1887-88 a 1897-92. en que aumentó en un 123 %, contra el 65 % de 1877-78 a 1887-88, y el 92 % de 1897-98 a 1910-11. La etapa de mayor aceleramiento coincidió con los años de más fuerte y persistente devaluación del peso. Al parecer, las fluctuaciones cíclicas de la economía mundial no interrumpieron el ágil crecimiento del volumen de las exportaciones mexicanas de 1877 a 1911, y más bien se reflejaron, como habrá de verse más adelante, en la magnitud del ingreso real recibido por el país a cambio de ellas.

La porción representada por los metales preciosos en las exportaciones totales del país tendió a disminuir, mientras aumentaba la parte correspondiente a las mercancías. Así, los metales preciosos significaron en 1877-78 el 65 % del *quantum* de la exportación, por ciento que se redujo al 58 % hacia mediados de la década de los noventa, y al 51 % en el último año, mientras cambiaba recíprocamente la participación de las mercancías. El examen del caso de las mercancías, desglosándolas por grandes grupos económicos, evidencia algunos cambios de interés ocurridos durante el período en estudio.

La participación de los bienes de consumo en el *quantum* de las exportaciones (representados principalmente por el café, el ganado, el garbanzo y la vainilla) se mantuvo en un nivel aproximado del 10 % anual, mientras los bienes de producción (sobre todo el henequén, las maderas, los metales industriales no ferrosos y el caucho) acrecentaron su parte del 25 % en 1877-78 al 30 % al mediar la década de los noventa y al 40 % en los últimos años del período. Entre 1877-78 y 1910-11 el *quantum* de las exportaciones de bienes de consumo aumentó casi en 6 veces, mientras el de bienes de producción lo hizo en más de 10 veces. Estos datos subrayan cómo respondió México a la demanda mundial y la manera en que se vinculó a los grandes mercados internacionales de materias primas.

La participación de los bienes elaborados en el *quantum* de la exportación subió del 3 % en 1877-78, al 9 % hacia 1895 y al 11 % al finalizar el Porfiriato. La parte de los bienes

no elaborados fue siempre más cuantiosa: el 32 % en 1877-78 y en 1895-96 y el 38 % en 1910-11. A partir de un nivel muy modesto en 1877-78, el *quantum* de las exportaciones de bienes elaborados creció en más de 20 veces a lo largo del Porfiriato, mientras el de bienes no elaborados creció en casi siete veces y media. Aumentó, pues, la cantidad de trabajo de los mexicanos plasmado en procesos de transformación de algunos de los artículos remitidos al exterior. Este fenómeno se registró sobre todo en el caso de los metales beneficiados (cobre, plomo, zinc y antimonio principalmente), y en escala bastante menor tratándose de los productos de algunas industrias ligeras, como la tabacalera, la del azúcar, la cordelera y otras.

Para apreciar el significado del *quantum* y los precios de las exportaciones desde el punto de vista de los ingresos corrientes de origen exterior recibidos por el país durante el período, resulta indispensable relacionar los precios de las exportaciones con los de las importaciones. Tal como lo señala Lewis,

En la primera mitad del siglo XIX la tasa de desarrollo de la industria fue alta. La producción primaria, sin embargo, no avanzó al mismo paso, y la relación de precios del intercambio se movió constantemente en contra de las manufacturas; fue la época en que nacieron los temores malthusianos y en que se consideró que la ley de los rendimientos decrecientes era el más importante de los principios económicos. La caída relativa de los precios de las manufacturas continuó por casi todo el siglo, y la relación de precios del intercambio cayó de 128 en el ciclo que terminó en 1825 a su punto más bajo, de 84, en el ciclo de 1883. A partir de entonces comenzó a subir casi constantemente.¹⁹

EL MOVIMIENTO DE LOS PRECIOS relativos en favor de las manufacturas y en contra de los productos primarios que se manifestó en el mercado mundial a partir de la década de los años ochenta, repercutió en México desde esa misma época en el caso de los metales preciosos, no así tratándose de las mercancías, por virtud de los factores ya examinados que impartieron a los precios de éstas una tendencia ascendente a largo plazo. El deterioro de la relación de intercambio de las mer-

cancias exportadas por México fue un fenómeno comparativamente tardío. Así, a partir del momento en que los datos disponibles permiten calcularla,²⁰ esa relación bajó para los metales preciosos de 111 en 1888-89 a 100 en 1900-01 y alcanzó su nivel mínimo, de 78, en 1910-11. Por su parte, la relación de intercambio de las mercancías mejoró casi constantemente durante los once años comprendidos entre 1888-89 y 1899-1900, con sólo una baja en la fase de depresión cíclica de 1892 a 1894: pasó de 77 en 1888-89 a 113 en 1899-1900, habiendo caído a 70 en 1893-94. Luego, presentó una etapa de abatimiento, hasta 101, que terminó en 1902-03, y tendió a recuperarse a partir de ese momento, llegando a 115 en 1905-06. De este último año en adelante, el deterioro de la relación de precios del intercambio de las mercancías fue ininterrumpido, y su valor en 1910-11 fue de sólo 94. La relación de intercambio global de las exportaciones mexicanas, considerado conjuntamente lo ocurrido en el campo de los metales preciosos y en el de las mercancías, siguió aproximadamente la misma tendencia que éstas, sólo que en razón del influjo ejercido por los primeros, los movimientos descendentes se acentuaron y los ascendentes aparecieron más débiles. Entre 1888-89 y 1898-99, la relación global de intercambio mejoró de 97 a 106, habiendo caído a 86 en el año de crisis de 1893-94. En 1902-03 disminuyó a 91 y en 1905-06 se recuperó siendo de 105. Y de esta última fecha en adelante tendió a caer, contrayéndose hasta 85 en 1910-11. La caída de la relación de intercambio de las exportaciones mexicanas de 1905 en adelante coincidió con un significativo cambio en la composición y dinámica del comercio mundial: en los quince años transcurridos a partir de 1890, el intercambio de productos primarios se incrementó más rápidamente que el de artículos manufacturados, en tanto que de 1905 en adelante operó la tendencia contraria.²¹ De entonces datan muchas de las dificultades con las que han tropezado hasta la fecha los países productores primarios al concurrir al mercado internacional.

Resta sólo considerar el efecto que tuvo la relación de precios del intercambio con el exterior sobre el *quantum* de las exportaciones, a fin de conocer cómo se alteró el significado

de este último en términos de poder adquisitivo de mercancías de importación, o sea la capacidad para importar. Se trata de aclarar cómo se modificó, ya sea a favor o en contra del país, la proporción real de exportaciones que México necesitaba remitir al exterior para obtener las importaciones que le hacían falta. Es posible distinguir en esto, *grosso modo*, tres etapas fundamentales para el período sobre el que se poseen datos.

Entre 1888-89 y 1898-99, en que la relación de precios del intercambio se mantuvo favorable, la capacidad para importar creció más que el *quantum* de las exportaciones: en el 114 % frente a sólo el 106 % de este último. Este fenómeno obedeció al comportamiento de las mercancías, pues la capacidad para importar que generaron subió en el 157 % y su *quantum* nada más en el 121 %. En cambio, en los metales preciosos el *quantum* creció más que la capacidad para importar que originaron (el 113 % y el 92 %, respectivamente). O sea que durante esos años tendía a aumentar la cantidad real de metales preciosos, y a disminuir la de mercancías, que México tenía que remitir al exterior para adquirir una magnitud dada de mercancías extranjeras. Esta tendencia general se alteró transitoriamente en contra del país en los años de crisis de 1893-94 y de 1897, pero puede afirmarse que caracterizó a esta primera etapa.

De 1898-99 a 1905-06 se presentó una etapa de condiciones intermedias entre la primera y la última. El crecimiento de la capacidad para importar (en el 35 %) fue ya levemente inferior al del *quantum* (que aumentó en el 36 %); en el campo de las mercancías, todavía la primera creció más que el segundo (el 62 % frente al 56 %), y en los metales preciosos se acentuó el comportamiento desfavorable; aumento del *quantum* en el 23 % y de la capacidad para importar en sólo el 12 %. Las tendencias contrarias al país actuaron sobre todo durante la crisis mundial de 1901 y se corrigieron en parte en la recuperación subsiguiente a ella.

En la última etapa, de 1905-06 a 1910-11, en que la relación de precios del intercambio tendió constantemente a deteriorarse, sufrió un fuerte castigo la capacidad para im-

portar del país, pues mientras el *quantum* de las exportaciones aumentó en el 37 % aquella sólo creció en el 13 %. Este fenómeno afectó profundamente tanto a las mercancías como a los metales preciosos: se requirió que el *quantum* de aquellas subiera en el 46 % y el de éstos en el 28 %, para que la capacidad para importar que generaron unas y otras se acrecentara apenas en el 25 % y en el 6 %, respectivamente.

Junto con estas tendencias generales, la capacidad para importar del país presentó a lo largo del período 1888-89 a 1910-11 las mismas fluctuaciones cíclicas que la economía mundial. Ellas detuvieron su crecimiento o lo hicieron retroceder en los años de contracción, y la impulsaron en los de auge. La crisis de principios de la década de los noventa la hizo descender respecto a su tendencia normal en más del 13 % en 1893-94 y en el 5 % al año siguiente. Después mejoró hasta 1899-1900, con su mayor aumento, del 8 %, en 1898-99. Perdió en la crisis de 1901 (casi el 7 %); reaccionó durante la recuperación posterior (aumentó del 3 % en 1904-05 y casi del 6 % al año siguiente), y siguió la misma trayectoria que la depresión mundial en 1907, con bajas sucesivas hasta 1911, con sólo una breve pausa en 1909-10.

A raíz de la depresión mundial de 1907 se agudizaron las condiciones desfavorables que actuaban sobre la capacidad para importar. El creciente sacrificio de trabajo y recursos incomparados en las exportaciones para adquirir las mercancías de importación que absorbía el país, es punto clave de la explicación del desequilibrio externo de la economía nacional hacia finales del Porfiriato, una de las circunstancias que entonces colocaron a México en los comienzos de una etapa revolucionaria.

NOTAS

¹William ASHWORTH, *Breve Historia de la Economía Internacional, 1850-1950*. Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 191.

² Se publica en: *Estadísticas Económicas del Porfiriato; el Comercio Exterior, 1877-1911*, preparadas por el Seminario de Historia Moderna de México, obra actualmente en prensa. Allí figuran también las restantes

elaboraciones estadísticas sobre el comercio exterior de México manejadas en el presente trabajo.

³ El índice de precios de las importaciones norteamericanas aquí utilizadas es el de T. J. KREPS, "Imports and Export Prices in the U. S. and the Terms of International Trade, 1880-1914", en *The Quarterly Journal of Economics* (agosto de 1926), pp. 708-720. Las cifras inglesas son las de H. SCHLOTE, índice de precios inserto en el apéndice II de: *Certain aspects of the International Transmission of Cyclical Fluctuations, 1870-1913*, por J. S. PESMAZOGLU. Tesis doctoral en el St. John's College, Universidad de Cambridge, Inglaterra. Copia mecanografiada en poder del Seminario de Historia Moderna de México.

⁴ W. ARTHUR LEWIS, *Economic Survey, 1919-1939*. Alien and Unwin, Londres, 1949, pp. 139 y 153. Esta obra contiene penetrantes observaciones sobre el comercio mundial en el siglo XIX.

⁵ Cf. LEWIS, *op. cit.*, p. 191.

⁶ LEWIS, *op. cit.*, p. 195.

⁷ Charles GIDE, *Cours d'Economie Politique*. Recueil J. B. Sircy, París, 1909, p. 307.

⁸ Dickson H. LEAVENS, *Silver Money*, Principia Press Inc, Bloomington, Indiana, 1939., p. 10.

⁹ J. SCHUMPETER, *Business Cycles*. Nueva York, 1939, pp. 308-309, nota.

¹⁰ Para la historia del bimetalismo y la adopción del patrón oro en el mundo occidental, ver por ejemplo GIDE, *op. cit.*, pp. 313 ss; LEAVENS, *op. cit.*, varios capítulos, y W. A. L. COULBOURN, *Introducción al Dinero*. Revista de Derecho Privado, Madrid, 1944. Capítulo IX, Sección 2.

¹¹ SCHUMPETER, *op. cit.*, p. 309.

¹² *La Semana Mercantil*, 1º de febrero de 1904.

¹³ Hay excelente documentación sobre el mercado mundial del café y la política brasileña de valorizaciones en: V. D. WICKISER, *The world coffee economy, with special reference to control schemes*. Stanford University, Stanford, California, 1949.

¹⁴ En 1895 *La Semana Mercantil* había aconsejado prudencia, de la que tal vez no dieron muestras los ganaderos: "Procedan con buen cálculo y mejor acierto, contentándose con vender lo que no les haga falta para el fomento de su negociación. . . vale más asegurar una ganancia de cien mil pesos en diez años que una de veinte en doce meses, cuando con ésta se dejan exhaustas las fuentes que producen semejante riqueza." (*La Semana Mercantil*, 20 de mayo de 1895.)

¹⁵ Al fundamentar la iniciativa de reforma monetaria, el ministro Limantour invocó la necesidad de poner término "a la incertidumbre en el valor de nuestro instrumento de cambio en relación con la moneda de las naciones con las que comerciamos, que es la moneda de oro". Ver:

Leyes y disposiciones relativas a la reforma monetaria. Oficina Impresora de Estampillas, México, 1905, p. 13.

16 *El Economista Mexicano*, 2 de agosto de 1902.

17 *El Economista Mexicano*, 25 de junio de 1898.

18 *Leyes y disposiciones...*, p. 3.

19 LEWIS, *op. cit.*, pp. 194-95.

20 Las estadísticas sobre importaciones comenzaron a recogerse sistemáticamente en México a partir del año fiscal de 1888-89. Faltan, sin embargo, los datos para 1890-91, 1891-92 y 1908-09.

21 ASHWORTH, *op. cit.*, p. 173.